

José Zorrilla, precursor: Visión lírica de Castilla y España

RICARDO NAVAS RUIZ

Universidad de Massachusetts, Boston

No les voy a hablar en esta charla* de José Zorrilla como poeta de la tradición, el que en sus dramas y leyendas resucitó héroes y costumbres, historias y creencias de los antiguos tiempos de España.

En unas palabras que preceden *Recuerdos del tiempo viejo* caracterizó magistralmente don José Velarde la aportación de aquél al género:

Poeta de la tradición, a su mágico acento, los héroes castellanos se alzan de sus sepulcros de piedra apercebidos al combate; desfila la comunidad por el claustro sombrío de la gótica abadía, salmodiando sus preces al rayo misterioso de la luna; aparece el castillo feudal entre los riscos y breñas de la montaña; se coronan de arqueros las almenas, suspira la hermosa castellana al escuchar la enamorada trova; baja rechinando el puente elevadizo para dar hospitalidad al peregrino, y el terrible señor de horca y cuchillo apresta su mesnada o se lanza venablo en mano, azuzando la jauría por el bosque enmarañado, persiguiendo al colmilludo jabalí. Ahora surgen la tapada, el rodrigón ceñudo, la dueña medidora y el doncel galanteador; ahora se acuchillan en la tortuosa callejuela dos rondadores de una misma dama, a la luz mortecina de un retablo, o bien se puebla de cármenes y harenas la vega granadina, y resuenan en el Generalife los ecos de la zambra, y el sarraceno corre la pólvora, y como el sol entre nubes, asoma al calado ajimez la hermosísima sultana esclareciendo el día con la luz de sus ojos.

Les voy a hablar de un Zorrilla menos conocido, pero más esencial, de un Zorrilla lírico que supo captar también, junto a la tradición, el alma íntima y viva de Castilla y España y que, al hacerlo, anticipó una visión y una sensibilidad que florecerían después en los escritores del noventa y ocho. No es un aspecto fácil

* Conferencia pronunciada en el XXVI Congreso Internacional de la AEPE celebrado en Valladolid del 22 al 26 de julio de 1991.

de analizar y seguir porque se derrama a lo largo de su extensa obra, aquí y allí, un tanto tortuosamente. Pero vale la pena intentarlo porque quizá sea este Zorrilla el que a la larga se nos revele como más valioso y moderno.

Es cierto que la idea de un Zorrilla lírico no evoca, de entrada, imágenes familiares. Los críticos lo han tratado con cierto desdén cuando no olvido. Algunos como Francisco Blanco García en su *Literatura española del siglo XIX* (1891-1894) hasta le negaron la condición misma de lírico. Y sin embargo, con más generosidad, varios escritores proclamaron su valía: Juan Valera, Armando Palacio Valdés, Menéndez Pelayo. Valgan dos testimonios. En «La coronación de Campoamor», Rubén Darío lo juzgaba superior a Campoamor y Núñez de Arce mientras, aludiendo quizá a una deuda, lo definía millonario de sueños y de rimas, propietario del cielo azul, «en donde no hay nada que comer». Azorín, en *Entre España y Francia*, afirmó que «Zorrilla, con todos sus defectos, es nuestro más grande poeta del siglo XIX».

Fue en esta misma línea como su biógrafo Narciso Cortés, en *Zorrilla. Su vida y sus obras* (1943), proclamó que «Zorrilla empezó siendo lírico y siempre, a través de su abundante labor narrativa, guardó latente su lirismo. Zorrilla empezó a sentir la poesía como empieza a sentirla todo poeta, en la naturaleza y las pasiones» (p. 993). Pero, si Alonso Cortés ha sabido apreciar su lirismo, ha admirado lo que tiene de musical y luminoso, de «murmullo de aguas, susurro de brisas, vibración de luces, halago de melodías, eco de cuentos infantiles» (p. 812) más que su visión del mundo. Parece deducirse de lo que el crítico dice que Zorrilla no es un poeta profundo, ni moralista ni filósofo, que sus incursiones en este terreno pecan de infantiles y candorosas, cuando no de «seniles escapadas». Para Alonso Cortés, Zorrilla es el poeta del amor, de la nostalgia del pasado, de la religiosidad, artista, sólo artista, en la dirección que habrían de seguir Rueda, Machado y Villaespesa.

No es ni mucho menos ignorable esta conexión de Zorrilla con los modernistas apuntada por su biógrafo porque, en efecto, esa conexión existe. Alonso Cortés se refería fundamentalmente a rasgos de estilo, a esa importancia de la luz, la música, el agua. Podría aún añadirse que Zorrilla anticipa otros símbolos modernistas: el azul, el cisne, la fuente, la relación de la poesía con la pintura. Pero no es esta conexión la que propongo explorar ahora, sino otra más profunda, una cierta visión de Castilla y de lo español que será típica de modernistas y hombres del noventa y ocho. Espero probarles que no sólo en el uso de unos cuantos símbolos o técnicas, sino en su visión esencial de España, Zorrilla fue un precursor.

I. ZORRILLA EN LA ENCRUCIJADA: CONSERVADOR O LIBERAL

Hablar de Zorrilla como precursor exige situarlo previamente en una de las dos grandes corrientes ideológicas del siglo XIX: la liberal o la conservadora. Con ello, a la vez se disipan ciertos malentendidos que pesan sobre el poeta, se

puede llegar a descubrir una clave para fijar su significación histórica en la elaboración de una actitud ante lo español.

Sobre Zorrilla ha caído la calificación de conservador y tradicionalista con la fuerza encubridora de una de esas corazas de hierro que él mismo ha descrito. ¿Pero lo es? Para responder les invito a seguirme en una lectura un tanto deconstructivista de algunos textos. Hay que admitir que el propio Zorrilla contribuyó a la creación de una imagen con la que se lo identifica. Ya en 1838, muy al comienzo de su carrera, en la dedicatoria del tomo II de sus *Poesías* a sus amigos D. J. D. Cortés y D. N. Pastor Díaz afirmaba: «Al publicar el segundo, he tenido presente dos cosas: la patria en que nací y la religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religión encierra más poesía que el paganismo».

Poco después, en la «Introducción» de *Cantos del trovador* (1840-1841) tal ideal se encarnaba rigurosamente en verso:

¡Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana!
Mi voz, mi corazón, mi fantasía
la gloria cantan de la patria mía.

Pero es en *Granada* (1852) donde encuentra su expresión perfecta. En la «Dedicatoria a D. Bartolomé Muriel» reafirma su función de evocador del pasado y razona porqué canta la fe para concentrar en dos versos incisivos, vigorosos, repetidos después incansablemente, su misión:

Cristiano y español, con fe y sin miedo,
canto mi religión, mi patria canto.

Si se recuerda ahora el lema «Dios, patria, rey», uno estaría tentado a encasillar a Zorrilla en el carlismo, aunque el tercer elemento, el rey, está sospechosamente ausente. Esta ausencia sospechosa abre un camino a otra perspectiva. Ya un año antes de publicar *Granada*, Zorrilla, lejos de España, abría su alma a curiosas confidencias en «Epístola al Sr. Don Fernando de la Vera» (1851). Al abrigo de un cabaret flamenco, sombrío y lleno de humo, medita sobre el abigarrado mundo de ricos y pobres, artistas y filósofos, que allí se consuelan de los males de la vida con el tabaco o la bebida. Y al rechazar la sociedad burguesa, monetarizada y falsa, confiesa que ha escapado de ella a través de su poesía: la tradición, la naturaleza, el folklore le han servido para huir de una realidad que no acepta. El vallisoletano admite así que su recreación del pasado era más un motivo de inspiración, una fantasía, que una convicción.

La idea se reitera en la dedicatoria al historiador Don Miguel Lafuente de *Una historia de locos* (1852). Él no tiene historia, se ha acogido al pasado por costumbre. Pero hay más: ese pasado no se le presenta ahora muy atractivo:

Viví, torvo poeta del Erebo,
ocupado en forjar obras horrendas

que, en nueva forma y en estilo nuevo,
dieron al mundo en páginas tremendas
sangrientos dramas, bárbaras leyendas,
narraciones de impíos sacrilegios,
visiones y nefandos sortilegios,
cosas que el vulgo vil halló estupendas.

Uno se pregunta: esta serie de calificativos, dramas sangrientos, sacrilegios, leyendas bárbaras, deleites de un vulgo vil, ¿revelan el orgullo de un tradicionalista o la vergüenza de un arrepentido?

Es imperativo notar una ambigüedad del poeta que ya no le va a abandonar, esta vacilación ante el valor y sentido de su obra. En *Gnomos y mujeres* (1886) hay un apéndice, «La mandrágora», ejemplar al respecto. Si por un lado defiende su propia capacidad de transformar todo en poesía y la belleza que atribuyó a muchos aspectos del pasado, por otro acepta el carácter horrible y fúnebre, romántico en definitiva de sus creaciones:

De ecos y sombras con átomos,
con fragmentos de patrañas,
mil relaciones extrañas
forjé y urdí veces mil;
y en un papel extendiéndolas
las leí a la absorta gente
que me creyó incautamente
poeta y lector gentil.

Lo mismo ocurre en *Mi última brega* (1888). En «A Valladolid» reitera el viejo estribillo de «nacé español, nacé cristiano». En «Cuestión personal», repasando su vida y su obra, reafirma haber cantado «mi patria y mi religión» cuando todos atacaban a la iglesia. Y acertadamente apunta su logro esencial: haber contribuido a la preservación de esos valores. Pero de pronto, le asalta una duda, una lacerante duda que pone un melancólico colofón a esa retrospectiva:

Y aquí surge una cuestión
para mí transcendental:
yo, poeta nacional,
de lo que fue mi nación,
¿resucito lo que fue
para que ya no sucumba
o pongo sobre su tumba
el epitafio y el pie?

Parece, pues, como si Zorrilla, sin abandonar nunca su compromiso inicial con la patria y la religión, hubiera perdido el entusiasmo primero coincidiendo con su marcha de España en 1851. ¿Es posible seguir calificando de conservador y tradicionalista a quien ha sido capaz de autocriticarse de esta manera, de dudar

y aun de burlarse de su sostenido comercio con los muertos y el pasado? Quizá sí, pero con no pocas matizaciones.

En *Recuerdos del tiempo viejo* (1879) confiesa Zorrilla lo que fue su tragedia psicológica: el afán de agradar a un padre que lo rechazó y que nunca le perdonó lo que consideraba errores del hijo. Por ese padre carlista abrazó el hijo la tradición: «Me he hecho aplaudir por la milicia nacional en dramas absolutistas como los del rey Don Pedro y Don Sancho. He hecho leer y comprar mis poesías religiosas a la generación que degolló los frailes, vendió sus conventos y quitó las campanas de sus iglesias. He dado un impulso casi reaccionario a la poesía de mi tiempo. No he cantado más que la tradición y el pasado. No he escrito una sola letra al progreso ni a los adelantos de la revolución. No hay en mis libros ni una sola aspiración al porvenir. Yo me he hecho así famoso, yo, hijo de la revolución, arrastrado por mi carácter hacia el progreso, porque no he tenido más ambición, más objeto, más gloria que parecer hijo de mi padre y probar el respeto que le tengo». Su padre no apreció en nada su actitud. El poeta recuerda en *Discurso poético* (1885):

Toda España admiró mi fe y mi gloria.
¡Mi raza nada más no quiso verla!

Se confiesa, por lo tanto, Zorrilla conservador a la fuerza, siendo como era hijo de la revolución, hombre de su tiempo. Y de que lo fue, de que fue hombre de su tiempo no hay duda. En *La flor de los recuerdos* (1855, 1857) condena todo fanatismo, particularmente el político, y alaba el régimen liberal instaurado en 1833 con palabras entusiasmadas: «Nosotros nos dimos, como todos los pueblos modernos, una constitución, la cual fuimos reformando conforme lo fueron exigiendo las circunstancias. Nos batimos siete años por sostenerla contra el partido absolutista y, al fin, establecida la constitución y el gobierno liberal, vimos que la nación se administraba y se gobernaba sin que las constituciones se hubieran tragado a la sociedad, y el pueblo empezó a sentir los beneficios de ciertas innovaciones y la utilidad general que reportaban las mejoras materiales. Y se cambió la faz de España de tal modo que el que salió de ella en 1836 y volvió en el 47, desconoció sus carreteras, sus campos y sus poblaciones, generadas visiblemente por el nuevo sistema de administración».

Aquí no hay dudas. Aquí Zorrilla se identifica con lo que es, sin vacilaciones. Esta actitud encuentra expresión poética en *Álbum de un loco* (1867) donde, amparándose en los privilegios que da la vejez, quiere decir ciertas verdades. En el prólogo al libro, Antonio Ferrer del Río, captó bien el mensaje: «Nunca me ha parecido Zorrilla tan poeta de su siglo... Siempre deploré que malograrse su inspiración feliz en brillantar y embellecer lo pasado». Alonso Cortés, que escribió en tiempo poco propicio para la libertad en España, anota que aquí asienta Zorrilla los más amplios principios liberales, libertad, igualdad, justicia; pero que parece fuera de su elemento, que su humorismo y vena moralista son un tanto superficiales. En este caso Ferrer atina más que Cortés: Zorrilla estaba en su elemento.

Zorrilla, en efecto, celebra la dignidad humana que el liberalismo ha traído. Con el papel central asignado al trabajo, ya no hay que humillarse. Y ahí nace la libertad y la justicia. En plano más personal sorprende, por un lado, que hombre tan cristiano llegue a decir lo siguiente:

Este agujero que mi polvo encierre
gratis me lo ha de dar, llegado el caso,
la católica Iglesia que me entierre;
porque para mi entierro de poeta
no tengo de dejar ni una peseta.

No es precisamente una burla volteriana, pero sí encierra su poco de anticlericalismo. De otro, también llama la atención su marginalidad, su personalismo un tanto anarquista:

Mi religión no gustará a los teólogos
ni mi loca opinión a los políticos
ni mis extraños juicios a los críticos
ni mi moral excéntrica hará gracia
a los que en todo ven una blasfemia.

Este es el momento de responder a la pregunta inicial: ¿Es Zorrilla un conservador o un liberal? Zorrilla es un liberal de corazón y un conservador a la fuerza. Esta extraña combinación le dio una posición ideal, permitiéndole una síntesis necesaria de encontradas corrientes. Precisamente fue esta fusión la que le permitió anticipar lo que inevitablemente sería el futuro inmediato. Como conservador, tuvo que exaltar el amor hacia un pasado y una religión que cada vez eran más criticados, pero que no dejaban de ser esencia de España. Como liberal, pudo ver los fallos de ese pasado y proponer soluciones modernizadoras. Tras esta tesis, estamos en condiciones de situar justamente la visión zorrillesca de Castilla y lo español.

II. ESPAÑA EN EL CORAZÓN

Zorrilla nació a la fama literaria el día del entierro de Larra y murió para este mundo cuando la generación del noventa y ocho emerge, en 1893. Entre estos muchos años, de 1837 a fin de siglo, fue creando sin fatiga su obra literaria, entre ella, sin interrupción, su lírica. Menciono estos nombres y estas fechas porque Zorrilla fue entre Larra y el noventa y ocho, entre el romanticismo y la modernidad, el eslabón literario imprescindible en la elaboración y transmisión de unos tópicos insinuados en el satírico y hechos ya esencia viva en Unamuno, Azorín, Baroja.

Esos tópicos, que se entremezclan entre sí estrechamente, no son otros que el sentido de la decadencia histórica de España, su postración presente, el descubrimiento de la belleza del paisaje castellano y la comunión afectiva con él, la

incorporación eventual de lo no castellano a la totalidad del país. No es tanto – con ser mucho –, el valor de los tópicos en sí, tratados quizá con más rigor en obras no literarias, sino la actitud ante ellos: Zorrilla, como antes Larra, como luego el noventa y ocho los convierte en materia de vivencia, de sentimiento, más que de análisis, esto es, los transforma en conciencia, da una dimensión numérica a lo que sólo tenía contenido existencial.

En la raíz de tales vivencias se esconde el amor a España. Un amor que fue quedando documentado en ciertas frases célebres: «amo demasiado a mi patria para ver con indiferencia el estado de atraso en que se encuentra», «me duele España». Con el amor de Zorrilla a España podría hacerse una extensa antología. Baste aquí alguna muestra. En la «Introducción» de *Cantos del Trovador* (1840), el poeta ofrece generosamente su rendido corazón a la patria:

¡Tierra de amor! ¡Tesoro de memorias,
grande, opulenta y vencedora un día,
sembrada de recuerdos y de historias
y hollada asaz por la fortuna impía!
Yo cantaré tus olvidas glorias,
que en alas de la ardiente poesía
no aspiro a más laurel ni a más hazaña
que una sonrisa de mi dulce España.

En «La ignorancia» (1893) se enorgullece de haber sacado la cara por su país, de haber cantado a su patria durante sesenta años, de haberla querido: «Amé a mi patria como amé a mi madre». Pero, sobre todo, se enorgullece de haberla aceptado como es, sin vergüenza, con sus defectos y sus glorias. En una larga estrofa Zorrilla elabora una imagen entrañable de España en que el amor se vuelve comprensión histórica y admiración de su belleza singular:

Sus creencias canté y supersticiones
porque ese es de mi pueblo el simbolismo:
creer y pelear, soñar con oro,
pedir limosna al son de un guitarrillo,
desperdiciar el bien que Dios le envía,
y en Dios fiando y su valor nativo
explotarse dejar por quien le halague
contando cuentos lúbricos o místicos.
Cada cual es como es: hay a hombre o pueblo
que tomar como Dios hacerle quiso.
Yo he cantado a mi patria sesenta años
a mi modo de ver como la he visto:
gloriosa con sus fastos militares,
grande con sus virtudes y con vicios,
preñada con sus tocas de castaños,
de nogales, de almendros y de olvidos,
con su manto de mieses y viñedos
y el cinturón de plata de sus ríos,

piadosa con la fe de sus mayores,
gaya con su carácter expansivo,
y hermosa con su vello y sus lunares,
morena tez y mosqueadores rizos.

Esta Carmen arisca, soñadora y pobre, prendida de sus historias lúbricas o místicas, vestida con los más hermosos mantos naturales, grande en sus virtudes y sus vicios, ha enamorado perdidamente al poeta. Pero este amor no le ha de impedir ver sus lunares, por muy hermosa que la hagan a esta dama singular y caprichosa. Al fin, el aceptar a uno como es, no implica que no se le pueda criticar. La crítica de Zorrilla se centra, como la de Larra y el noventa y ocho, en ciertos aspectos de la vida nacional. Siguiendo el hilo cronológico, podemos enumerar algunos.

En el tomo I de *Poesías* (1837), en sendos poemas «A Calderón» y «A la estatua de Cervantes» critica a la España actual, avergonzada de sus glorias a las que, como los restos de Calderón, esconde en un lugar inmundo y en la que se tiene a mengua ser español. Cervantes, desde su pedestal, contempla al negro milano del pueblo, a la nobleza corrompida, la lengua olvidada y la patria postrada. Si el viejo hidalgo volviera,

Tal vez no hallara un digno castellano
libre y valiente al que llamar amigo.

Con estos poemas enlaza el soneto «A España artística», del tomo VII de *Poesías* (1840) en el que clama, como Larra había hecho en un artículo, contra la venta del tesoro artístico nacional. Su primer verso es tremendo: «Torpe, mezquina y miserable España»; pero no lo son menos otros:

Maldita seas, patria de valientes,
que por premio te das a quien más pueda
por no mover los brazos indolentes.

El fin de la guerra civil le inspiró los versos «Leídos por los actores en el teatro del Príncipe en 6 de septiembre y 11 de octubre de 1939», recogidos en el tomo VII de *Poesías* (1840). La lectura de los mismos fue prohibida por el Ayuntamiento, de forma que nunca fueron «leídos». El comienzo donde Zorrilla expresa su júbilo por tan fausto hecho es de gran fuerza:

Hartas, ¡oh patria!, lágrimas corrieron,
de sangre fraternal hartos arroyos.

El vallisoletano insta a olvidar tales lizas, a afianzar la libertad, a ser dueños del destino nacional sin permitir que otros países dicten su voluntad, a desplegar sólo una bandera que aoja a todos.

Su estancia en México le permitió reflexionar sobre un problema que no atrae demasiado a los españoles: la España ultramarina. En *Álbum de un loco*

(1867) y en *El drama del alma* (1867) se pregunta, entre otras cosas, porqué siguen siendo enemigos pueblos hermanos como el mexicano y el español. Hace también un análisis de la independencia y aunque no se decide a aceptar ninguna de las causas aducidas por los historiadores, enfatiza la «superstición, abuso, odio y codicia» dominantes. Es singularmente duro con el clero que se alió con la república cuando debía haber defendido el legado español. Curiosamente, este poeta tenido por conservador, arremete, pensando quizá también en las guerras carlistas, contra el clero que invoca la guerra santa cuando le interesa, no importa cuál sea la causa. Finalmente afirma la pervivencia de España a pesar de todo:

Todo, desde el palacio a la cabaña,
dice allí en español: «esta fue España».

Algo semejante intentó demostrar Unamuno en cuanto a la profunda españolidad de lo americano.

A su regreso a la península, la crítica toma tonos más noventayochescos. En «La actriz» de *Gnomos y mujeres* (1886), tras apuntar la decadencia en que ha caído el arte dramático en Europa y España, arremete contra la Andalucía gitana y torera, contra la aristocracia y el pueblo que se unen para degradarse en el espectáculo taurino y las representaciones populacheras:

Y España, flamenca y chula,
pasas semanas enteras
berreando peteneras
a la puerta de un toril.

No es, pues, de extrañar la pereza mental y física de los españoles, la ausencia de un hacer serio y digno, como denuncia en «Murcia» de *De Murcia al cielo* (1888):

Aquí en nuestra buena España,
donde se duerme la siesta,
donde se canta la caña,
donde el trabajo molesta
y es la vida una cucaña,
quien parece que medita,
reflexiona o filosofa,
sueña, está en babia o dormita.

Buscando soluciones al atraso de España, emerge el Zorrilla más liberal, el hijo de su siglo, el que ha sido sistemáticamente ignorado. En el citado *Gnomos y mujeres* (1886), en los cantos XIX a XXII, se plantea porqué ha caído tal decadencia sobre Granada, porqué está despoblada y pobre la que ayer fue reina y contesta:

No se vive hoy como en el tiempo viejo,
confiando a la fe y la Providencia
la prez y el porvenir de las naciones...
La vida de hoy se basa en el trabajo.

Zorrilla hace un canto a la industria, al trabajo, a la modernización. Propone la creación de un plan de infraestructuras, de ahorro, de inversiones. En un sueño triunfal, el poeta ve una Granada modelo de la civilización, unida al mundo por sus puertos, explotadora de sus riquezas, feliz y próspera.

Si aquí denuncia la pereza, la improvisación, la falta de una administración eficaz, en «La ignorancia» (1893) ataca otro de los grandes males españoles: el analfabetismo. Doce millones de españoles analfabetos, dice, son una prueba de que un siglo de liberalismo ha sido incapaz de erradicar la ignorancia. Es necesario poner en práctica lo que se predica, enseñar a leer y escribir hasta en las cárceles y cuarteles, exigir eso para dar un trabajo. Dos notas son dignas de destacar en su discurso. De un lado, la visión negativa, negra, del analfabeto, feroz, rebelde, perdido, montaraz como el lobo: «Y ese es el que no lee: la bestia humana». ¿No recuerda esta actitud a la de Antonio Machado ante el labriego malo y torcido de los campos de Castilla? De otro, la necesidad no sólo de pagar mejor a los maestros, sino la de cambiar la mentalidad ante ellos, de hacer que se los respete. Alguien fomenta el odio al maestro y la educación:

¿Qué es, pues, en qué se basa, quién fomenta
el odio inverosímil, el instinto
de aversión a la letra y al maestro
que demuestra en España el campesino?

III. POR TIERRAS DE CASTILLA

Zorrilla celebró la historia de Castilla en su teatro y en su poesía narrativa. No pertenece, pues, tratarla aquí. Sólo diré en apoyo a la tesis que vengo sosteniendo que su visión de la historia castellana no corresponde tampoco a la de un conservador. Baste traer a la memoria su defensa de los comuneros en «Apuntaciones para un sermón sobre los novísimos», leyenda quinta de *Cantos del trovador*.

En su poesía lírica, Zorrilla ha cantado esencialmente el paisaje castellano. Y en este sentido es el primer poeta español que ha conseguido ver ese paisaje con dos notas típicas de la sensibilidad moderna: realismo y emoción. Ante el paisaje no deja que entre él y su visión se interponga una tradición clásica o artística que lo transfigure en tópico cultural: simplemente aplica los ojos y describe lo que ve: el río, la montaña, los colores, los pueblos, los edificios. Zorrilla es quien ha enseñado a los poetas posteriores a ver. Pero, una vez que ha visto, envuelve su visión en emoción: el paisaje es parte del alma o de la vivencia del poeta. Paisaje y vivencia personal se unen inseparablemente para crear un equilibrio de belleza objetiva y sentimiento subjetivo.

El paisaje no es ni mucho menos un descubrimiento tardío en la poesía de Zorrilla. De hecho antecede a las leyendas. Ya en el primer tomo de sus *Poesías* (1837) queda fijado en cierto modo en lo que va a ser la constante temática a través de tres poemas fundamentales: «Toledo», «El reloj» y «A un torreón».

Toledo representa lo que podríamos llamar el paisaje histórico. Un primer verso, perfecto, «Negra, ruinosa, sola y olvidada», fija una imagen de decadencia que se completa en una serie de palabras: escombros, frente carcomida, cieno y memorias. Parodia de lo que fue

Tiene un templo sumido en una hondura,
dos puentes y, entre ruinas y blasones
un alcázar sentado en una altura
y un pueblo imbécil que vegeta al pie.

Es este concepto de pueblo imbécil lo que más choca en medio de la ruina, «pueblo sin ayer y sin mañana», ignorante, que mezcla la brujería con la religión. Zorrilla nos sumerge en la España negra de Solana que vegeta entre los restos de un pasado esplendoroso, en este caso, la Toledo árabe, de suntuosas fiestas y hermosas mujeres, aún insinuada tras los templos cristianos. Mucho más tarde, en *Recuerdos del tiempo viejo*, Zorrilla se arrepentiría de haber vertido tan duras expresiones contra el pueblo toledano.

«El reloj» nos lleva a un paisaje intemporal, a la Castilla eterna o intrahistórica. Aunque puede tener en su motivación una raíz quevedesca, recuerda mucho más el sentido del tiempo de un Azorín o un Baroja. La noche, la plaza solitaria, la torre gótica donde vela el ojo del reloj, la rápida alusión a gentes que se divierten y viven a su vera, las lentas campanadas que marcan el «nunca, nunca vuelve a ser», logran concretizar la visión de uno de esos pueblos noventayochescos pendientes de un tiempo inmóvil, quietos, muertos.

Desde la historia de Toledo y la intemporalidad de «El reloj», Zorrilla nos transporta a «A un torreón», a un paisaje presente, actual, concreto, a la Castilla de sus vivencias adolescentes, al escenario de los primeros amores. Muñón, como Toledo, es el testigo de una decadencia por supuesto:

Gigantes sombrío, baldón de Castilla,
castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
por cuyos salones en vez de tu gente
reptiles arrastran su piel amarilla.

Del esplendor pasado, evocado al modo manriqueño, no queda más que un negro esqueleto, unas pardas ruinas. Pero el tema aquí no es, como en Toledo, esa decadencia. El poeta ha sabido notar valiosamente detalles visuales como los amarillos reptiles y las pardas ruinas porque en ese paisaje latió un día su corazón: en las piedras abandonadas grabó un día un nombre. La ruina del castillo es la ruina de su corazón; el olvido histórico es su olvido sentimental:

El huracán de la vida
sólo dejó, ¡oh mi querida!,
para mi eterno tormento
en prenda de maldición
tu nombre en mi pensamiento,
tu amor en mi corazón.

Este paisaje que podríamos llamar sentimental alcanza su mejor expresión en «La torre de Fuensaldaña» y «Un recuerdo del Arlanza» del tomo II de sus *Poesías* (1839). En el primero, junto a memorias de infancia y amistad o evocaciones de pasadas leyendas, acierta Zorrilla con lo que a partir de él ha de ser una descripción clásica del entorno, que él mismo ha de completar y perfeccionar más adelante: los pájaros que anidan en las techumbres, las arañas y hormigas, también

el árido campo seco:
 algunas yerbas livianas
 encontré no más en él.
 El aire las sacudía
 y la niebla las mojaba;
 escaso arbusto nacía
 del campo mudo al lindel.

Su mirada de poeta va día a día posándose en esos campos de Castilla para traducirlos a imágenes literarias que lo perpetúen. «Un recuerdo del Arlanza», resumen de historia y amor, lamento de ayeridos y amores muertos, traza, siguiendo el curso del río un paisaje orlado de ruinas, de arenas amarillas, de juncales y rosas ribereñas. Y en él surge la niña «que está llorando de amor» y la elegía por el tiempo fugitivo. Hay estrofas en ese «río Arlanza, Río Arlanza» que anticipan acentos de Antonio Machado y Gerardo Diego en torno al Duero: agua que se va y no vuelve, tiempos que se han olvidado, «¡ay de la niña que llora/sobre las aguas su penal, río sin memoria, río que sólo refleja».

Para 1839 Zorrilla ha completado, pues, su visión lírica de Castilla en torno a lo que hemos denominado paisaje histórico, paisaje intemporal y paisaje sentimental. A partir de entonces, con la interrupción natural en los años de su ausencia de España, fija y amplía los elementos de su visión poética. Para mejor seguirle en sus logros, conviene dividir el tema en dos direcciones: el campo y la ciudad.

Como todo poeta, Zorrilla termina por elaborar unos clichés para su descripción del campo castellano, esto es, termina de formalizar una serie de elementos comunes. Él mismo lo admite: en el poema «Las dos rosas», el tomo V de *Poesías* (1839) confiesa al respecto que el lugar descrito por él no se puede localizar, que donde puso Carrión pudo haber puesto Pisuerga. El cliché, sobre el que en cada ocasión impone una peculiaridad determinada responde a estas notas: pueblos humildes, castillos en ruinas, un río con chopos y zarzales, trigos y hierbas ralas, viñas, cerros. La maestría descriptiva y la emoción del momento, en todo caso, lo hace único en cada ocasión.

Ese cliché había aparecido ya antes de «Las dos rosas» en la leyenda «Honra y vida que se pierden, no se cobran, mas se vengán» del tomo III de *Poesías* (1839). Allí aparece un rinconcito de Castilla con tres cerros, tres castillos y un pueblo con casas de tierra y ramas:

Un río humilde, el Esgueva,
 la falda a los campos lame
 y entre huertas y majuelos
 lleva a rastras sus cristales.

En *Un cuento de amores* (1850) añade a sus paisajes sentimentales de Muñó y Fuensaldaña un tercer nombre Vallaldemiro. Alonso Cortés se deshace en elogios del poema destacando la habilidad con que Zorrilla ha captado la belleza del campo en otoño. Pero hay mucho más: Zorrilla percibe la hermosura encerrada en el hombre de algunos pueblos castellanos como éste. Unamuno y Neruda desarrollarían ampliamente el tema. Capta también el contraste entre el ayer del castillo y el hoy rural de lavanderas y pastores, de tonadas campesinas frente a aires marciales. Y sobre todo, reconstruye magistralmente, quizá con ecos de las *Geórgicas* virgilianas, el atardecer: la sombra que crece, el aura mansa el retorno de los labradores y ovejas, la oración vespertina, el humo de los tejados, el cambio de colores.

Pero donde Zorrilla se supera a sí mismo en el sentimiento del paisaje castellano, vertiendo una emoción y una intensidad nueva, es en *El drama del alma* (1867) escrito a su regreso de México. Alonso Cortés notó la hermosura de los versos y lo conmovedor de las circunstancias. Siguiendo viaje de Valladolid a Burgos, reencuentra sus lugares de infancia y adolescencia. Se le doran ahora a la luz de la nostalgia y el recuerdo y le hacen escribir los versos más hermosos, los más próximos a la sensibilidad del 98: no faltan los blancos pueblos ni el olor de la salvia ni siquiera el tan machadiano color pardo predominante:

Corre. Ya veo a lo lejos
de sus cerros solitarios
los ruinosos castillejos
y los gayos campanarios
de sus pardos lugarejos
...
Castilla cuyos castillos
hoy en escombros abruman
tus débiles lugarcillos
y cuyas ruinas perfuman
las salvias y los tomillos
...
Allí, tras aquella loma,
al pie de una torrecilla
blanca como una paloma,
las pardas tejas asoma
de sus casas Quintanilla.

Todos los paisajes de ayer se concentran ahora en una apretada evocación de singular belleza, de exacta descripción, de entrañable emoción. ¡Aquí está, por fin, descubierta toda la hermosura de Castilla, de Villodrigo a Muñó, de Pampliega a Villaldemiro! Lo que a escritores como Pereda, por esos mismos años, le parecía paisaje hosco y feo en contraste con el verde de Cantabria, se hace en Zorrilla canto de amor.

Quedaría incompleta esta visión del campo castellano sin mencionar «La siesta», poema recogido en *Lecturas públicas* (1877) que, según Alonso Cortés,

consiguió una popularidad inigualada en el siglo XIX. Aunque el poema discurre por un cauce de erotismo poco usual en Zorrilla, precedente quizá de escenarios modernistas, no es por eso por lo que quiero mencionarlo, es por haber fijado definitivamente una hora y un paisaje, las tres de la tarde de un verano en Castilla:

Son las tres de la tarde, julio, Castilla.
 El sol no alumbrá, que arde; ciega, no brilla.
 La luz es una llama que abrasa el cielo.
 Ni una brisa una rama mueve en el suelo.
 Desde el hombre a la mosca todo se enerva
 ...
 Todo al fuego se agosta del seco estío.
 Duerme hasta la langosta sobre el plantío.

En otro lado del campo castellano es la ciudad. Un lugar especial ocupa Valladolid. Ya en «Recuerdos de Valladolid», en el tomo IV de *Poesías* (1839), aparece una breve pincelada de la villa, a lo lejos desde un campo lleno de espigas y amapolas:

Y allá a lo lejos, por la angosta calle
 que le abren en dos bandas cien colinas,
 Valladolid dibújase en el valle,
 velada entre las pálidas neblinas.

Naturalmente el poeta no puede menos de identificarse sentimentalmente con ella. Y así lo hace mucho más tarde en *El drama del alma* (1867) dentro del libro IV de la segunda parte titulado «Fe y patria». Ciudad y recuerdo se funden en una sola realidad. El pasado renace a través de curvos callejones donde vivió con sus padres, de casas y templos que frecuentó:

Esta es Valladolid, ¡Al fin la veo!
 ...
 Déjame este aire respirar. Deseo
 beber las dulces aguas de esta fuente
 de mis recuerdos.
 ...
 Déjame, quiero hablar con estas piedras
 y abrazar estos árboles y ansioso
 besar estas paredes de que yedras
 son mis dulces memorias.

Por lo que pueda interesar al historiador, Zorrilla no deja de constatar en medio de sus recuerdos el cambio que se ha operado durante sus años de ausencia: «Fábricas nuevas,/banco, teatros, fuentes, adoquines,/canal, ferrocarril...».

En *Últimos versos* (1884) Zorrilla evoca en «A Valladolid» una ciudad agradecida a sus poetas. Había, además de él, otros tres: Núñez de Arce, Ferrari y Cano.

En el mismo libro, en «Y aquí os diré en confidencia», vuelve a la ciudad de su infancia, llevándonos por plazas y callejuelas, templos y ruinas, origen de su poesía:

Y he aquí la poesía
que Valladolid encierra
para mí. Y esa es la mía
que se escucha todavía
por mi castellana tierra.

Próxima en la geografía y en el corazón aparece Burgos en la poesía de Zorrilla. El libro V, «Vae victis», de *El drama del alma*, termina «En la catedral de Burgos», «una de las obras más hermosas que ha producido la musa española de todos los tiempos», según Alonso Cortés. Mucho en el poema recuerda otro de la gran Rosalía de Castro sobre la catedral de Santiago. El poeta entra en el templo con fe firme que aún le permite creer en Dios, pero con la angustia en el corazón que le impide rezar. Una vez más emerge el recuerdo infantil, los días en que de la mano de su madre visitaba el gótico templo. Y estalla entonces ese verso que resume toda la estética de la religión romántica:

¡Cuán poético es Dios! ¡Y cuán poético
es un templo católico,

que constituye el tema central del poema.

Zorrilla reconstruye admirablemente en el verso las maravillas arquitectónicas de la catedral burgalesa. Pero no en frío, no a lo parnasiano. Mientras contempla la imponente fábrica, estalla una tormenta: en contraste modernísimo, opone entonces la grandeza de la naturaleza y del arte a la pequeñez del hombre que, angustiosamente recuerda a otro hombre solo, a Maximiliano de México, su protector, abandonado por Dios y los poderes terrestres. En una visión sobrecogedora el templo todo cobra vida, las figuras labradas toman carne, se mueven, le hablan y fuerzan al escritor a retrotraerse a la historia. Burgos vuelve a aparecer en *La leyenda del Cid* (1882) como «Ciudad labrada con piedras», cuyas bellezas resume en una acertada combinación de arte e historia.

Otras ciudades castellanas se evocan en la poesía de Zorrilla. Conviene retener «Ávila», de *Últimos versos* (1908). Es interesante su instantánea de viajero de tren que todos cuantos hayan hecho el viaje suscribirán aun hoy: Ávila aparece y desaparece como una visión fantasmal de otros tiempos a medida que uno se acerca a ella a través de vueltas y revueltas. El viajero superficial sólo se ocupa de comer en la fonda de la estación porque cree que allí no hay nada que ver. Pero el poeta opone a ello su visión esencial y entona un canto a la historia y el paisaje:

¿La poesía?
Se va ya; pero en Ávila
la hay todavía.

Zorrilla no es sólo el descubridor lírico del paisaje castellano. A él ha incorporado el del resto de España. Lugar preminente ocupa Andalucía y en ella Granada. Pero junto a Granada hay cantos a «Sevilla», «Cádiz», «Jerez». También ha tenido ojos para paisajes no asociados tradicionalmente a Castilla como los del viejo reino de Aragón: Murcia, Valencia, Barcelona, Montserrat, Tarragona, Alicante. Pero lo que más asombra es la definitiva incorporación a las letras españolas de otro paisaje que no sería sentido así hasta la aparición de Unamuno y Baroja, el paisaje vasco.

En «A escape y al vuelo» (1888), dedicado a la condesa de Guaqui trasladada a la poesía con amor, con ironía, con admiración la geografía vasca, sus playas y montañas, sus pueblecitos y faros costeros, su vegetación tupida, su mar siempre al fondo. El libro merecería mucha más atención que este párrafo por varias razones. Zorrilla sabe que está haciendo una labor de pionero, descubriendo algo que merece la pena:

Porque tú sabías bien
que yo ignoraba que había
de grandeza y poesía
tal tesoro en este edén,

afirma respondiendo a la Condesa que lo había invitado a conocer Euskadi.

Zorrilla no sólo nos lleva por pueblos y campiñas, Guetaria, Zumaya, Iziar, Loyola, Deva, sino que nos obliga a contemplar su belleza, lo moderno y adelantado de sus comunicaciones, de sus escuelas, la laboriosidad e industria de sus habitantes, los tesoros artísticos, las contribuciones históricas o el significado de una orden religiosa como la de los jesuitas allí fundada

¡Qué gente y provincias estas!
¡Cuánta joya atesorada
guardan de la edad pasada
por sus quebradas y cuestas!
Sus campos más son florestas
que campiñas de labor
y sin embargo en redor
de sus pueblos no se ve
de tierra baldía un pie
que descuide el labrador.

Tras esta larga excursión por la poesía de Zorrilla, hemos llegado al momento de resumir, ya probada, mi tesis. Cuando Zorrilla muere en 1893, deja como precursor a la generación que emerge en esos mismos años esta herencia literaria: el amor a España; la crítica a su atraso; el descubrimiento del paisaje castellano, árido y pobre, que eleva sin embargo a belleza estética y a emoción lírica; la incorporación de lo no castellano, de modo singular lo vasco, a tema poético. Zorrilla inventó líricamente España y Castilla.